

MORTAL MANTENIMIENTO, por *Roque Esteban Scarpa*.—Prensas de la Universidad de Chile

Toda vez que hemos visto un libro de sobria y elegante presentación, hemos pensado en que su autor sería Roque Esteban Scarpa. «El Maestro de Soledades». «Antología del amor Español» y otras obras que portan su firma, son modelos de su buen gusto llevado a un campo de interesantes contornos. Sin embargo, al revés de tanto libro poco más o menos bien impreso—local o del extranjero—su calidad espiritual supera con creces la apariencia física de sus ediciones.

Ahora surge a la actualidad poética con un nuevo trazo de su personalidad de artista y de orgulloso solitario. «Mortal Mantenimiento», de aparición reciente, acaba de obtener el primer galardón en el concurso anual de poesía inédita. Mauricio Amster y Arturo Lorenzo, responden de la portada y de las ilustraciones, logrando un conjunto equilibrado y armonioso.

Su lectura deja una sensación irrevocable: la presencia de una nueva sensibilidad poética, de exquisita raigambre espiritual, la que, sin duda, habría que atribuir a su ascendencia dalmata. No sería, pues, extraño, por esta misma razón, que su valor sea incomprendido por la multitud, que ha sido en gran parte conducida a un parnaso falso, artificial y caprichoso, por una crítica inepta o mal intencionada. Y es que con el advenimiento de Pablo Neruda a las letras—a costa de relegar a injusto olvido a creadores tan poderosos como Pablo de Rokha, Vicente Huidobro y algunos otros—se ha querido acostumbrar al público, e incluso a muchos poetas de personalidad menor, a una especie de tango poético. De ahí que, hasta en la sensibilidad de los mismos artistas chilenos, tengan dificultosa cabida los maestros españoles, como Pedro Salinas, Luis Cernuda, Vicente Aleixandre y otros de igual estirpe, trayendo, como consecuen-

cia, el agotamiento lógico y prematuro y la descalificación poética de muchos de nuestros valores.

El lector perdonará que, antes de entrar al análisis de la obra de Scarpa, nos extendamos someramente en estas consideraciones, que nos parecen indispensables y conducentes a inculcar en el público el deseo de conocer a los valores auténticos, ligeramente distantes de su sensibilidad.

De este alejamiento es preciso responsabilizar, antes que a nadie, a una porción de la crítica chilena, por su falta de ductilidad para la comprensión del interesante problema poético actual; porción ésta, que, por desgracia, goza del extremo favor de un público manso y carente de perspicacia. En poesía, como en política, la reacción se complace en dejar ignorantes y ciegas a las grandes masas. Y, para puntualizar, es preciso que señalemos a uno de los más conocidos personeros de este conservantismo primitivo y tendencioso de la crítica poética: *Alone*. Su fácil acceso al grueso público, su criterio insuficiente, su absoluta falta de sensibilidad moderna, le convierten en peligroso obstáculo para la justa ascensión de la nueva poesía. No parece sino que los punteros de su sensibilidad se hubiesen detenido para siempre en el mundo elemental de «Desolación». De ahí que, con un criterio atrasado en casi veinte años, pretenda juzgar el fenómeno poético chileno, que es, a no dudarlo, el más brillante que se haya originado en el continente americano. ¿Cómo puede encauzar a la juventud un hombre que vive en el pasado, un reloj que se paró hace veinte años? Y cómo no hay espíritu inteligente que no se haya plegado al movimiento de desfosilización de nuestra poesía, este crítico resulta un consagrador de mediocridades y el principal motivo para que los lectores sigan sumidos en el error y con un conocimiento alterado y falso de la realidad.

Si nuestras palabras no llevan en sí el poder de la convicción, sería interesante que el público revisara sus críticas de poesía de algunos años a esta parte, para comprobar—salvo

alguna excepción—qué triste cartabón de nombres ha escogido para la fabricación de su personal parnaso. Desde estas columnas,—ya que detrás de nuestras palabras hay una juventud crepitante—confesamos que veríamos con profundo agrado, que el señor Hernán Díaz Arrieta deslindara sus actividades de crítica poética a un terreno menos perjudicial y más espiritualmente productivo.

De paso, queremos referirnos a un escritor con visos de antologista, y que pretende expresar esta cualidad en un sentido desdoroso para el arte mismo, confeccionando antologías a la minuta, sin el más remoto sentido de selección. Nos referimos al señor Tomás Lago, bajo cuyo patrocinio selectivo acaba de aparecer con el signo de la colección «Cruz del Sur», que dirige el señor Manuel Rojas, «Tres poetas chilenos», que en su fuero interno deben ser los tres únicos salvados de aquel naufragio antológico que él mismo preparara—a petición de la Sociedad de escritores de Chile—y que tituló «8 Nuevos Poetas Chilenos» viene precedido por algunas páginas que creemos pretenden ser una especie de prólogo sabiamente vacío, donde no hace otra cosa que quemar todo su incienso en el altar poético de Pablo Neruda. El señor Tomás Lago puede tener la certeza de que su antología pasará a la posteridad como modelo de irresponsabilidad literaria.

Sentadas estas consideraciones, en descargo de nuestra conciencia de hombres de ahora, acompañenos el lector en nuestras apreciaciones sobre el autor de «Mortal Mantenimiento».

En el mundo poético de Scarpa, como en la órbita de todo poeta verdadero, tres sentimientos se debaten en su alma: amor, soledad y muerte. El primero de éstos, en nuestro modesto juicio, es el ácido que somete al metal a la más cruda prueba. Ya Salomón, hace decenas de siglos, abarcó magistralmente el cántico amoroso. Luego, los grandes artistas de todos los tiempos, estiraron su cuerda monocorde hasta el infinito.

Scarpa ha salvado el escollo a través de la reminiscencia. En lo íntimo de su ser, en el recinto de su soledad, el amor es una evocación, un esbozo; a veces un talle ingrátido, una música:

«aquel rostro amado en la ausencia aun le llaga
con su peso de aire y materia de angustia».

(Soledad del Hombre).

Y El Desterrado:

... «entre olvido y memoria se debate espantado,
amando ciego un nombre, unos labios de arena,
una voz ya sin aire».

Pero su instrumento de amor tiene todavía un bordón terrible: la ausencia, el abandono absoluto, la desolación apoyada en el vacío:

«Hermosa compañía, dejaste un hombre solo,
que en soledad te mira con sus ojos de piedra».

(Soledad del Hombre).

La idea de la muerte acompaña con frecuencia, como un escudero fiel y atormentador, su sueño amoroso. De ahí que tienda sobre este último su velo de perenne angustia:

«La muerte que me codicia existe:
algún día seré cuerpo abandonado.

Ansia mortal bebida en tu mejilla,
melancólica voz que me consume». (Canción).

Su soledad es agónica, asaltada siempre por el deseo, que llega hasta él en alas de «amarillos impuros».

La poesía de Scarpa puede tener, para muchos, cualidades desconcertantes. Psicológicamente, es algo velada, con un no sé qué de ligeramente adivinatorio; su forma precisa, es, sin embargo, tenue cuando quiere serlo. Diríase que con las mismas alas vuela en el aire puro y en las tormentas. Y es que Scarpa descansa con frecuencia en la adjetivación de los clásicos españoles. Para él, el invierno es «recio invierno»; la arena, «ardiente arena»; el eco, «un muerto eco». Sin perjuicio de que, en su equilibrio clásico-moderno, nos hable eventualmente de la «niebla verde» y de las «líquidas flores». Es por ello que sus elementos no se desbocan.

¿Deja de ser por esto un poeta creador? No. Su creación no reside en la forma, ceñida, a veces, y libres otras; ni en la adjetivación, azas moderna en algunos casos; ni en los temas, que han sido tratados desde la germinación de nuestra lengua: la creación está dentro de su alma, dentro de su propia psicología. Cada hombre que nace es un producto nuevo en la creación: todo hombre que logra expresar su espíritu es un creador. Este es el secreto de su poesía: él mismo.

En «Mortal Mantenimiento» hemos notado un detalle digno de observarse, por la relación que puede tener con la psicología del autor: existe la obsesión de la luz. «Cuando la luz no sueña», «Después de la luz» y «Las cenizas de la luz», son los títulos de dos poemas y de uno de los tres libros en que se divide el volumen. El mismo término aparece dieciséis veces a lo largo de esta obra (veintitrés poemas), e incluso está presente en los epígrafes de Garcilaso y Lope.

Este aparente uso desmedido del vocablo no es caprichoso. Es preciso no olvidar que Roque Esteban Scarpa nació y vivió gran parte de su vida en la región austral del país, en donde la luz es avara y va dejando un lastre opaco en la sensibilidad de los hombres. En contraposición a la luz, el poeta

alza, asimismo, sus murallones de sombra, imágenes en que surge la sensación de la medialuz, la neblina o el hielo. Habla de «desolado hielo», «espacio de niebla», «entre la luz oscura y detenida», «¡Qué luz de sombra!», «espiga congelada», «girasol de hielo», «deshace neverías en tus labios», «me voy perdiendo en niebla verde y fría», «estéril hielo», etc.

Es sugerente, además, la frecuencia, con que utiliza el color amarillo: «amarillos impuros», «amarillas cintas», «amarillas palomas», «río amarillo», «risa amarilla». ¿Y a qué otras razones podemos atribuir su afán de atenuar los colores?: «ciegos grises», «rojos desvelados».

Esta rápida radiografía de la sombra y de la luz tiene el mérito de probar que Roque Esteban Scarpa no ha perdido en el centro su característica de hombre de tierra fría, ni ha sido absorbido por tanta corriente literaria que abunda en la capital. Esta cualidad nos ata a la esperanza de que el poeta nos reserva destellos de su personalidad artística que nos irá entregando en obras futuras.

En algunas de sus producciones, es posible hallar resonancias de algunos maestros, mas, generalmente, quintaesenciados de tal manera, que siempre domina su propia voz. Al caso, nos parece oportuno citar estas palabras de uno de nuestros jóvenes poetas, Antonio de Undurraga: «La personalidad artística consiste en hacer una flor propia, aunque se precise de algunos pétalos ajenos».

En «Mortal Mantenimiento» advertimos, a ratos: la presencia de Luis Cernuda, Pablo Neruda, y acaso la de Delmira Agustini, por el uso frecuente que el poeta hace de las estatuas.

No queremos dejar de alabar, por otra parte, su esfuerzo por la conquista de un lenguaje puro y adecuado con que exornar su sensibilidad. Un ligero examen nos prueba que ha llegado a eliminar casi completamente el uso del adverbio «como», al extremo de no encontrarlo sino tres o cuatro veces en el transcurso de toda la obra.

No obstante la limitación del espacio, no resistimos la tentación de reproducir, para la mejor apreciación del lector, dos o tres momentos, verdaderamente altos de la inspiración poética de este joven artista;

«Acaso la tierra odia mi triste paso adusto
y espera cada día deshacérmelo a solas». (Oda Menor).

¡Así habla el poeta cuando comprueba que la vida se ha constituido en su enemiga!

Y en el sereno llanto de «Soledad Imperfecta», dice:

«Aquí donde tus brazos son cual espumas,
renovadas, perdidas, sonando eternamente,
aquí donde la yedra se agrupa en las murallas,
mira este muro solo, acantilado triste,
y dame las espumas y las hojas tan verdes».

Finalmente, en «Elegía Romántica»:

«Las lágrimas también se secan: hoy lo he sabido.
Con el amor hay que morir a solas».

Scarpa restringe la metáfora. Se siente más feliz con su dominio del adjetivo. Su resultado es la sobriedad, la medida, la exactitud del verbo poético. Todo lenguaje es pesado para la poesía; es preciso escoger las palabras con el mismo esmero con que se escoge la madera para un violín. En «El Maestro de Soledades», él mismo lo dice:

«Ande siempre la poesía por los aires, dando testimonio de su esencia alada, de su angelismo. En ocasiones, cae, porque la materia que la acompaña y le da la forma que notamos, es sorda para la música, para contestar la armonía de la intención, y además porque sufre una fuerza grave que tiende a de-

rribarla en tierra. Sería lo poético perfecto si su forma fuese a la vez su esencia, como en los cuerpos gloriosos». (Pág. 33).

Puede prestarse a discusión este concepto del lenguaje poético, sobre todo en lo que toca a un sector importante de nuestra actual poesía, que busca su equilibrio justamente en los elementos antaño considerados antipoéticos, mas no en lo que respecta a la propia obra de Scarpa.

Terminemos diciendo que «Mortal Mantenimiento» marcará un hito en la poética chilena actual, y, de tener seguidores, (no imitadores), pondría freno en parte al lamento sordo del indio que apareciera con las primeras obras de Neruda. Scarpa no rehuye el desgarramiento, el llanto; pero, si llora lo hace con el gesto altivo del hombre que, para evitar una lágrima, la recoge fina y anticipadamente en su pañuelo de batista.—ANTONIO MASSIS.